

este espejo fiel y nada lisonjero nos enseñará lo que debemos hacer y lo que debemos imitar para cumplir el mandamiento de ser santos. Con tu auxilio, oh madre misericordiosa, saldremos con bien de una empresa tan difícil como necesaria. Dignate de concedérnosle y de alargar la mano á tus pobres hijos tú que estás llena de mansedumbre y bondad, de luz y caridad, y pues por tí nos vino la salud de lo alto, sé también el camino por donde volvamos á Dios, de quien nos han desviado nuestros desórdenes (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

S.

Cuando el ángel trajo la nueva de la encarnación del Verbo á la Virgen, su grandísima modestia no la dejó apropiarse las grandezas contenidas en las palabras con que la saludó el ángel, y la pregunta que ella le hizo, se fundaba en la consideración de su bajeza por un lado y por otro en el derecho que tenía de preguntar cómo había de efectuarse aquella obra excluyendo la manera que no se conciliase con su voto; lo cual indica su prudencia y fidelidad y la disposición santa de su alma virginal, que hubiera querido mejor renunciar la altísima dignidad de madre de Dios antes que dejar de observar aquel voto, elevándole al grado mas sublime á que puede llegar por esta resolución tan firme. Pudiendo fácilmente su entendimiento mas iluminado que los de todos los hombres proponer otros medios al ángel se abstuvo y no especificó mas que aquel que su estado virginal la obligaba á excluir, conteniéndose en los límites de su obligación. Conviene notar que el ángel Gabriel habló tres veces y la virgen María quedó á la primera admirada y en silencio, á la segunda hizo la pregunta que hemos indicado, é ilustrada por la respuesta del nuncio celestial volvió á su silencio y quedó sumisa; de suerte que la pureza de nuestra señora es el fundamento de su pregunta, y si Dios no la hubiera obligado á esta especie de solicitud tocante á su voto, no hubiéramos oído de su boca ninguna pregunta, sino solamente palabras de fé y sumisión.

El ángel hubiera podido declararle desde luego toda la economía de este profundo misterio, manifestarle que iba á ser madre del Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y evitarle así su pena y congoja; pero no tenía orden de eso. El consejo de Dios es que María anuncie el Evangelio de la virginidad y le anuncie al arcángel y que nosotros veneremos en el cumplimiento de esta obra dos anunciaciones; esto es lo que notamos en el coloquio angélico. El ángel anuncia el Evangelio de la Encarnación á la virgen María y esta anuncia recíprocamente al ángel el Evangelio de la virginidad, es decir, un nuevo estado y una nueva especie de criaturas, que no teniendo mas que el cuerpo en la tierra deben de vivir y conversar en espíritu en los cielos; este estado virginal tiene origen en María y en el instante de la Encarnación. Los matrimonios de la antigua ley eran proféticos segun S. Agustin y miraban á la generación temporal de Jesucristo; pero despues de la venida de este varió de condición, y el estado excelente á que son convidados ahora los fieles, es el de la virginidad. Verdad es que no todos son llamados á él; pero los que son distinguidos con esta sublime vocación, han de estimarla mucho y seguirla fielmente.

En todas las demas madres la maternidad triunfa de la virginidad; pero siendo la de María mas divina que la natural respeta la virginidad y se concilia con ella. Véase cómo María permanece firme y constante. No conozco varon, dice; y la maternidad aprobando su fortaleza y resistencia le replica: El Espíritu Santo vendrá sobre tí etc.; para manifestar que aquella maternidad lejos de ser contraria á la virginidad la ennoblece, perfecciona y deifica por su union. En este feliz instante se abre la fuente de la pureza y empieza á dilatarse por el mundo el estado angelical de las vírgenes, que comienza en María concibiendo á Jesucristo en la estimación de la virginidad y apreciándola en el mas alto punto que puede apreciarse, segun hemos dicho antes, supuesto que no hubiera querido ser madre de Dios sin quedar virgen (*Adición de la madre María Jacoba de Blemur*).

T.

El profeta Oseas dice sobre el particular estas excelentes palabras en el capítulo II de su profecía: «Yo atraeré suavemente á mi esta alma, la llevaré á la soledad y le hablaré al corazón.» Cuando Dios tiene á bien hestiar á la criatura de las satisfacciones mortales que hallaba en el vicio, y la hace sentir el gozo celestial del Espíritu Santo, el alma no aspira más que á disfrutar de ese bien, que la saca vencedora de sus pasiones. Entonces se retira á la soledad, huye del trato de los hombres y prueba á mantenerse al lado de ese médico maravilloso, que ha sanado todas sus heridas y es el único que la puede conservar en la salud espiritual recobrada por su asistencia. Entonces sustituye en lugar de las compañías peligrosas la de las personas que por sus oraciones, sus palabras y sus ejemplos pueden ayudarla en su nueva vida. Es tan necesaria esta precaución, que sin ella las conversiones que se suponen verdaderas, no son más que ideales, someras y transitorias y suelen terminar en recaídas más peligrosas que el estado primero, de que creía uno estar libre. Hay que huir del mundo como de una casa apestada. Las malas conversaciones segun sentencia de S. Pablo corrompen las buenas costumbres: los ojos persuaden al corazón: se aprende el mal viéndole hacer; y esta vista hace tanta mella en el alma, que pasa á ser como natural aun antes de advertirlo.

Ve aquí un retrato del verdadero solitario digno de nuestra atención. El solitario es el que representa perfectamente en un cuerpo material y corrompido el orden y el estado de los espíritus puros; es el que en todo tiempo y lugar y en todo acto está únicamente apegado á las cosas de Dios; el que continuamente violenta la naturaleza y vela sin intermision por la guarda de los sentidos; el que tiene la carne casta, los labios puros y el espíritu iluminado con la luz divina; el que sintiendo interiormente la tristeza saludable de la penitencia está siempre ocupado en el pensa-

miento de la muerte, ya duerma, ya vele. Es verdaderamente solitario el que tiene siempre el espíritu como elevado al cielo y arrobado en Dios, el que lleva con pena la vida presente, el que se ha casi connaturalizado con la virtud y es iluminado por la luz divina; aquel cuyo corazón es como un abismo de humildad, donde sofoca todos los pensamientos de soberbia, sabiendo que este vicio es la última miseria de una alma que cree ser muy rica. El alma solitaria, que es tan santa como sabia, no há menester de ser instruida por la conversacion, siendo iluminada por la luz de sus propias obras, que hablan más eficazmente que todas las palabras.

El primer grado de la paz interior es apartar de sí todo el tumulto que causan las pasiones, como que turban la profunda tranquilidad del corazón. El último y más perfecto es no temer ni aun ese tumulto y ser enteramente insensible á él.

S. Bernardo se enajenaba tanto en la consideracion de las excelencias de la soledad, que apenas encontraba expresiones para satisfacer su zelo. Escribiendo á los monjes del monasterio del Monte de Dios y congratulándose con ellos por haber renovado el fervor de los antiguos cenobitas de Oriente les dice: «El Señor os defienda de la contradicción de las malas lenguas que os acusan de novedad, y os esconda en el secreto de su santa faz á esos hombres impíos, que no pudiendo eclipsar la luz tan brillante de la verdad procuran perjudicarnos con el nombre de novatores. Esos son unas vasijas viejas, que no pueden contener el vino nuevo que el Espíritu Santo derramó en los apóstoles. Si vuestro retiro es una novedad, á lo menos no es una nueva vanidad, sino la antigua posesion de la iglesia de Dios descubierta desde el tiempo de los profetas, resucitada en la persona del Bautista y perfeccionada por el Salvador, el cual se retiraba con frecuencia á los montes y desiertos, imitándole despues muchedumbre de solitarios, como los Pablos, Antonios, Macarios, Arsenios y otros.» «Hermanos míos, dice despues, guardaos de deseuidar vuestra vocacion y no os pareis: os queda mucho camino que andar; vuestra profesion es muy alta,

pasa de los cielos é iguala á los ángeles, á quienes imita en su pureza. No solo habeis ofrecido la santidad, sino la perfeccion de toda santidad, el fin de toda consumacion: no hay que fijarse únicamente en lo que Dios manda, sino en lo que desea. ¿Cuál es su voluntad mas perfecta? Los otros deben creer en un Dios, conocerle, temerle y amarle; pero vosotros debeis gozar de él.» Segun el mismo santo en el retiro se rescata el tiempo perdido en el tráfigo del siglo: se piensa en las cosas de Dios: el corazon está á sus anchas sin la opresion de los inútiles cuidados exteriores: en la soledad se alegra el alma y se pone á la mesa de su esposo hartándose de los sabrosos manjares y de los vinos exquisitos de su amor. El nombre de virgen solitaria atribuido á nuestra soberana me ha desviado algo de la materia que tratamos: ya es tiempo de volver á ella (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

U.

Pero digamos tambien que habiendo comenzado el Salvador á predicar al pueblo su doctrina celestial despues de treinta años de silencio y oscuridad, no convida á nadie á casarse; mas exhorta á todos á guardar continencia por estas palabras: *Qui potest capere, capiat*. Es verdad que honró las bodas de Caná con su divina presencia: que elevó el matrimonio á la dignidad de sacramento é inspiró al Apóstol para que nos dijese que era un sacramento grande; pero sin embargo este mismo aconseja y persuade la virginidad como un estado mas perfecto, sublime y lleno de gracia, mas separado de las criaturas y mas unido á Dios. Es cierto, dice, que no tengo precepto del Señor tocante á los vírgenes; pero ve aquí el consejo que les doy como prevenido con la misericordia de Dios para serle fiel. Creo pues que á causa de las miserias presentes hace bien un hombre en no casarse: el que no ha abrazado este estado, cuida de servir y agradar al Señor y su corazon no está dividido entre las cosas del mundo y las de Dios. Esto os lo digo para inclinarnos á un estado honroso y que os dejará libertad para en-

tregaros á la oracion, aunque no intento obligar á nadie, sabiendo que todos no son llamados á una condicion tan sublime.

S. Cipriano, cuyo testimonio he citado al principio de este capítulo, continúa las alabanzas de nuestra señora diciendo que la virginidad es un cuidado continuo y una gloriosa anticipacion de la vida bienaventurada; que es una infancia perpetua, una infancia de inocencia y pureza, el vencimiento del mundo, el triunfo de sus gustos y disgustos, la señal de la fecundidad espiritual de la iglesia y la imagen mas natural de la santidad de Dios. En sentir de S. Juan Climaco es una morada singularmente agradable á Jesucristo, el broquel del corazon, un cielo terrenal, una renuncia que se hace de la naturaleza por un movimiento sobrenatural. El que posee esta excelente prenda, destierra el amor sensual por el amor divino y apaga el fuego de la tierra con el del cielo.

Hay tres clases de personas, continúa el santo, que tienen sujeto y cautivo su cuerpo: los unos le refrenan por los combates de la vida religiosa, las faenas penosas y las austeridades corporales, los otros por la humildad y los otros por la secreta infusion de una luz divina. Los primeros se asemejan al lucero del dia, los segundos á la luna llena y los terceros al sol cuando mas brilla. Todos ellos tienen su conversacion en el cielo, y así como el dia sucede á la aurora y luego viene la luz brillante del sol, así tambien al primer grado de pureza que se adquiere por los trabajos, se sigue el último y mas relevante, que se alcanza por una gracia extraordinaria y una luz celestial.

Como Dios es incorruptible y todo espíritu, ama la pureza y la incorrupcion; por lo cual los vírgenes son sus predilectos, tienen una santa familiaridad con él y se asemejan á este divino ejemplar en cuanto es capaz la criatura. Los vírgenes igualan á los ángeles en sentencia de los santos; sobre lo cual dice S. Gerónimo: «El sexo es devorado por una doncella pura y casta, que lleva á Jesucristo grabado en su cuerpo como en su corazon, y es ya en cierto modo lo que será mas perfectamente en el estado de la resurreccion ge-

neral, cuando el hijo de Dios asegura que cesarán los matrimonios y los hombres serán semejantes á los ángeles.» En fin los vírgenes tienen el privilegio de seguir al cordero á todas partes, según refiere S. Juan en su Apocalipsis. Este discípulo amado del Señor se complacía en tratar de una materia que le tocaba particularmente, porque fué vírgen hasta la muerte: así habla con cierta delectación de la procesion que le fué mostrada, en que solo eran admitidos y tenían licencia de cantar el rey de los vírgenes y su vírginal familia. S. Agustín que conocía muy bien estas verdades, dice elegantemente y acaso con algún dolor interior: «El gozo de los vírgenes de Jesucristo es diferente del de los otros santos que no tienen esa calidad, aunque pertenezcan al mismo dueño: todos tienen motivo para estar satisfechos, pero no es con la misma extension, ni en la totalidad que los vírgenes, porque no siguiendo á Jesucristo á todas partes, ni siendo sus imitadores en la virginidad están privados del gozo de que es fundamento esa semejanza, y el que poseen no es obrado, ni expresivo, ni tendente á Jesucristo según su estado de pureza.»

Bien sé que todos los fieles en general siguen al cordero; pero también sé que no le siguen á todas partes. Ve ahí cómo debe de entenderse esto según el pensamiento de nuestro santo doctor en el lugar indicado.

»Bienaventurados los pobres de espíritu, dice, porque siguen al Salvador, el cual poseyendo las riquezas inmensas de la divinidad se hizo pobre por ellos.

»Bienaventurados los mansos, porque imitan al que dijo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

»Bienaventurados los que lloran, porque se conforman con Jesucristo, que lloró sobre la ciudad de Jerusalem.

»Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque entran en la sociedad de nuestro Señor respecto de lo que dijo á sus apóstoles: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió.

»Bienaventurados los misericordiosos, porque tienen por modelo á nuestro señor Jesucristo, á quien representaba el caritativo samaritano que socorrió al pobre herido, siendo

así que no se habían compadecido de él ni el sacerdote ni el levita.

»Bienaventurados los limpios de corazón, porque imitan al que no pecó, ni engañó á nadie.

»Bienaventurados los pacíficos, porque se parecen mucho al que pidió en la cruz por sus crueles verdugos.

»Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque imitan al que nos dió el ejemplo de padecer sin quejarse etc.»

Todos los escogidos pueden imitar á nuestro señor Jesucristo en todas estas virtudes y ninguno es excluido, aunque los que están enredados en los negocios y cuidados del mundo, tropiezan con mayores dificultades. Mas cuando el cordero sin mancha se pasea por el hermoso campo de la virginidad, no pueden acompañarle los que han pecado: una vez abandonado ese camino, nunca se vuelve á él. Es pues privilegio vuestro, oh santas vírgenes y esposas del cordero divino, acompañarle, estar siempre á su lado, seguirle de continuo, obsequiarle, abrazarle; pero acordáos de que no basta ser vírgenes, si no sois vírgenes de Jesucristo: no habeis de reducir vuestros pensamientos á la sola integridad del cuerpo, sino elevaros á la del espíritu, por la cual es consagrada á Dios la virginidad. Ese es el don perfecto y una gracia particular que reside en el alma y nos mueve á dedicar al Salvador el cuerpo y el alma como un holocausto entero de todo cuanto hemos recibido de su mano sin reservarnos nada. Pero volvamos á nuestra señora.

Ya hemos advertido que la iglesia guiada por el Espíritu Santo llama Vírgen de las vírgenes á la madre de Dios, es decir, soberana de todas las demas, que dependen de ella y le pertenecen como sus mas queridas hijas y fieles discípulas, formadas á su imagen y semejanza. La Virgen santísima no posee, ni recibe nada sino por su divino hijo, y todo lo que se le da, pasa por sus manos solo para ser ofrecido mas santamente á Jesucristo. Terminemos pues esta materia diciendo que Dios en su consejo eterno ordenó que la virginidad de María fuese la principal disposicion para su ma-

ternidad divina y que en homenaje y á imitacion de este misterio la pureza de los fieles de ambos sexos es el estado que los dispone mas eficazmente para entrar en la divina union y en esa especie de maternidad de la que está escrito: Cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre. Este sublime estado tuvo origen en la encarnacion del unigénito de Dios y en la participacion que su santísima madre mereció tener en ella por su pureza virginal, y supuesto que en el orden ordinario todas las cosas suben á su origen, es cierto que la virginidad eleva hasta la Virgen y une con ella á los que la profesan, y con su hijo y Dios por ella. Por medio de esta virtud las almas siguen á todas partes á nuestro Señor y á su madre; es decir que se les asemejan en muchos caracteres por la santidad y en todo por la integridad.

Digamos por último que la inocencia y la pureza tienen por principio á María y por fin á Jesus; que dependen de la madre de Dios como los principales efectos de su potencia; y que nos hacen propender á Jesucristo, el cual tiene tanta complacencia en ver á unas criaturas vestidas con la librea de su madre, que las introduce en su palacio á vista de toda su corte y con aplauso general de todos los escogidos, haciéndolas participes de todos los tesoros de su imperio eterno y permitiéndolas seguirle á todas partes en la gloria como le imitaron en todo en los caminos de la gracia (*Adicion de la madre María Jacoba de Blemur*).

v.

Observan el venerable Beda y el abad Ruperto que despues de la Ascension del Señor vivia la Virgen de las limosnas destinadas para las viudas pobres, que recibia humildemente todos los dias con particular satisfaccion por poder decir en verdad con su divino hijo que las raposas tenian su guarida y las aves del cielo sus nidos para gua-

recerse; pero que María, madre de Jesucristo, no tenia dónde reclinár su cabeza.

Ve ahí el gran modelo de los religiosos, que estan obligados por voto solemne á practicar la santa pobreza. Digamos algo de una virtud tan excelente y tan recomendada por el hijo de Dios.

Es cosa sabida que este la puso por fundamento de la perfeccion en el célebre sermón de la montaña. Bienaventurados los pobres de espíritu, dijo nuestro divino maestro, porque de ellos es el reino de los cielos. Hay muchos pobres á quienes no hace dichosos la pobreza; al contrario son desgraciados, porque la sufren por fuerza y no por amor de Dios. Para tener parte en la bienaventuranza evangélica es necesario amar la pobreza y sufrir con santa alegría las consecuencias de ella, á lo menos con una entera sumision á las disposiciones de la divina providencia. Queriendo el hijo de Dios enseñarnos una virtud tan necesaria, pero tan poco conocida en el mundo vivió pobre, murió desnudo en la cruz y fué sepultado en un sepulcro ajeno. La longitud de los dias está en su diestra, dice el Sabio, y en su izquierda las riquezas y la gloria. El es el único dispensador de estas dos clases de bienes tan diferentes para enseñarnos á preferir los de la derecha, que segun S. Agustin denota los bienes eternos, á los de la izquierda que representa los temporales. Pero aplicándolo á nuestro asunto ha de decirse con S. Bernardo que el hijo de Dios gozando de la abundancia de las riquezas y de la gloria en su primera morada vino á buscar en la tierra la preciosa pobreza que no se hallaba en el cielo. Los hombres la tenian abundantemente; pero no conocian su precio: fué menester que el Verbo tomando nuestra naturaleza enseñase á todos los siglos venideros cuál es la excelencia y el valor de ella.

La santa pobreza pues era un tesoro escondido, y nadie habia podido comprender hasta la venida de nuestro señor Jesucristo que encerraba una bienaventuranza real. Por eso aquel que es la verdad misma, la cual no puede engañarse, ni engañar á nadie, pronunció este oráculo: Bienaventurados los pobres de espíritu. Oh hijos de Adam, ¿continuareis

siendo insensatos y buscando unas riquezas pereceras? Acordáos que Dios mismo pregona por su boca la bienaventuranza de los pobres. Enhorabuena que los paganos que viven sin Dios, busquen los bienes de la tierra y que corran tras ellos los judíos, á quienes se prometieron tales riquezas; pero es intolerable que el cristiano tenga esa debilidad despues de haber oido la doctrina de su divino maestro. Es menester no tener fé y ser fiel únicamente en el nombre para alabar al pueblo que nada en la abundancia de esos bienes pereceros, mientras el Salvador pronuncia anatema contra los ricos.

Un autor hace una observacion muy juiciosa sobre este particular: dice que el hijo de Dios fué enviado para predicar el Evangelio á los pobres y que á estos en particular se anunció la buena nueva. Ve ahí el principio de la ley de gracia. Se promete á los desgraciados, á los desterrados y á los pobres el reino de los cielos: ¿qué promesa tan halagüeña, Dios mio! Bienaventurados los pobres, que libres de los cuidados del siglo y del peso de los bienes terrenos no quieren mas riqueza, ni mas tesoro que Dios, renunciándolo todo por amor de él y poseyéndolo todo por él mismo; porque ¿no es verdad que es dueño de todas las cosas el que posee al que las contiene todas y dispone soberanamente de ellas? La porcion y la heredad de esos es el Señor, que no queriendo falte á sus siervos nada de lo necesario les dispensa las cosas precisas para su uso reservándose él para su goce.

Pero conviene notar que seria poco renunciar los bienes del siglo, si no se dejaran tambien sus costumbres corrompidas, y aun seria cosa ridícula despojarse de las riquezas y conservar los defectos de los ricos. El demonio no desea ninguno de esos bienes exteriores, ni los posee: la soberbia sola le perdió. No basta dejarlo todo, si no se va en pos de nuestro señor Jesucristo. No hay nada tan aborrecible, ni tan desgraciado como un pobre soberbio, porque por un lado sufre los trabajos de la pobreza, y por otro es esclavo de la soberbia; es pobre en dinero y no rico en virtud. ¡Dichosa la nacion de quien el Señor es Dios! ¿Qué inmediatos

están al reino de Dios los que poseen y llevan en su corazón á este gran monarca, sirviendo al cual se reina! Disputen los demas sobre las heredades de la tierra: yo no quiero otra que mi Dios, en quien mi alma hallará sus delicias y su descanso. ¡Oh preciada porcion de los pobres! ¡Oh aventajada posesion de los que no tienen nada! No solo basta á remediar todas las necesidades, sino contribuye al honor y á la satisfaccion: es la buena medida que descansa en el seno de los pobres bienaventurados, á la que puede decirse sin temor de equivocacion: En tí y contigo se encuentran las riquezas y la gloria, los tesoros y la justicia.

Para conseguir ciertamente la dichosa humildad es necesario ser pobre de corazón y de espíritu, abandonar el mundo por un retiro ignorado del mundo, ocultar su propia sabiduría, ser sencillo é ingenuo en sus palabras, pedir limosna, encubrir su nobleza, desechar toda confianza vana en sí y omitir todas las pláticas superfluas. No hay nada en el mundo capaz de humillar al alma como ese estado de pobreza y ese método de vida, en que pide uno todos los días su vida dejando todos los cuidados en manos de Dios, en quien se pone la confianza. El pobre voluntario posee la tranquilidad de espíritu que se alcanza por la serenidad de las pasiones, y no estima mas las cosas que están en sus manos, que si no existieran en la naturaleza.

La pobreza evangélica es rica, es regia, es poderosa y se hizo divina en nuestro Señor Jesucristo. Es rica, porque encierra muchos tesoros: es regia, porque el reino de los cielos pertenece á los pobres: es poderosa, porque lleva en pos de sí tantas almas santas; y es divina, porque Dios se hizo pobre. Ella enriquece á sus secuaces con los bienes de la gracia y de la gloria y les da facultad para distribuir coronas á sus amigos: ella diviniza en cierto modo las almas uniéndolas á la divina pobreza del Salvador.

El divino maestro instituyó el reino de los pobres en la ley nueva por su vida, su doctrina y sus preceptos estableciendo tres especies de pobreza en las almas. La pobreza de su vida vivifica á los pobres: la pobreza de su doctrina atrae á los hombres á imitarle; y la pobreza de profesion es ne-

cesaria en la iglesia, aunque no lo sea á todos los miembros de este cuerpo místico. Se recomienda; pero no se manda: es de consejo; mas no de precepto. La pobreza constituye una parte esencial de la vida religiosa, y es uno de los tres votos solemnes de que se hace profesion en el claustro. Es propia de los hijos, discípulos y súbditos de Jesús pobre, necesitado y paciente: es propia de las personas que lo han dejado todo voluntariamente en la tierra, y de los millares de santos que prefirieron los harapos á la púrpura y el pesebre de Betlehem á los palacios de los reyes, queriendo mas carecer de todas las conveniencias anexas á su nacimiento que aventurar su salvacion, bien renegando de la fé, que estaba en peligro en los primeros siglos, bien debilitando su amor á Dios por el apego á las riquezas. S. Bernardo para exhortar su hermana á la práctica de esta virtud celestial le hacia presente la extrema pobreza de nuestro Señor y de su santa madre. «Todo clama pobreza, dice, en el portal de Betlehem: el pesebre, el heno, los pañales y la compañía de los brutos forman un eco, que repite alternativamente la horrible desnudez de un Dios hecho hombre y de su madre.»

No sin razon advierte el Evangelio que la Virgen presentó la ofrenda de los pobres el dia de su purificacion, enseñándonos por medio de este misterio cuánto amaba la pobreza, y entrando así en las disposiciones y en el espíritu de su divino hijo, el cual aunque heredero de las riquezas del cielo se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. Esa augusta madre, que era reina del cielo y de la tierra y soberana de los ángeles y de los hombres, se alegra de que la medianía de su condicion la reduzca á la ofrenda de los pobres. Esto es lo que debe de llamarse la verdadera pobreza de espíritu y el amor sincero de la desnudez real. Mucho tendrán que andar las almas religiosas antes de llegar á ese punto; pero trabaje cada cual con fidelidad segun la medida de la gracia que le ha sido dada, y persuádase á que para ser enteramente pobre no ha de estimar en nada todo lo que no es Dios, y ha de poder decir con santa confianza: Señor, ¿qué quiero yo en el cielo fuera de tí y qué desearé

en la tierra mas que la posesion de tí mismo? Mi Dios y mi todo: Dios de mi corazon y mi porcion para siempre. ¡Con qué razon decia el profeta: Los pobres del pueblo de Dios esperan en él! ¡No es de mucho consuelo para ellos que tanto el antiguo como el nuevo testamento expresen los verdaderos siervos de Dios por la palabra pobres, que no esperan mas que en él solo? El que espera en sí, es soberbio; pero es humilde y pobre de espíritu el que lo espera todo de Dios solo, el que quiere depender de este en todo, y el que lejos de creerse rico despues de haber recibido mucho es aun mas pobre á sus propios ojos, porque está persuadido de que no usa de los dones de Dios sino por una gracia siempre nueva (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).

X.

No quiero concluir este capítulo sin hacer ver al lector que nuestro siglo no es mas estéril que los anteriores cuando se trata de honrar á la madre de Dios, y no sé si la piadosa industria de Fr. Santiago Teissier, religioso dominico de la estrecha observancia, prevalecerá sobre los otros siervos de nuestra señora. Ve aquí lo que le ha inspirado su ardiente zelo sobre este punto: ha formado una especie de asociacion nueva y desconocida hasta aquí, que llama ejercicio del amor actual de la madre de Dios. No ignora que los fieles han amado siempre á esta señora; pero dice que no siempre se ha estado en una union y comunicacion de amor actual sin interrupcion y que este ejercicio no principió hasta el 21 de noviembre de 1671. Hace ver en su tratado que este amor actual de la madre de Dios es un tesoro inestimable, una fuente de los mas puros deleites, una imitacion de la caridad con que la previno el Padre eterno, una expresion de la de los ángeles y santos para con su reina; que es una imagen de la eternidad; y que los que se dedican á este santo ejercicio, no terminan jamás el círculo de su amor. Sienta que transforma á los hombres en serafines abrasados en las llamas de la caridad y que los cristianos

por esta práctica se asemejan á unos globos de fuego, que giran de continuo en torno de su madre celestial formando siempre el mismo círculo por revoluciones iguales.

Pero ¿dónde hay cosa mas dulce y grata que amar un objeto de tanto embeleso? Es indudable que una alma iluminada con las bellezas y perfecciones de la Virgen se echa en su regazo para buscar su descanso y sus deleites, porque despues de Dios es el centro donde deben de terminar todos los deseos, pensamientos é inclinaciones de los hombres. Si es verdad que la union es obra del amor; ¿no habrá de inferirse que si uno ama de veras á la madre de Dios, descansa sobre su pecho y contrae una especie de union con la que no puede ser bastantemente buscada? Si solo se tiene el hábito de la caridad y no se practican actos de amor mas que una vez al dia, la union no puede ser sino habitual y no pasa á acto mas que una vez al dia; pero si uno arde continuamente en sus llamas por un amor actual, la union se hace continua y se gana un tesoro de méritos para el dia terrible de la muerte. Teniendo por principio todos los actos de amor á nuestra señora el amor de Dios son dignos de la vida eterna. Los asociados á este ejercicio que emplean una hora al dia en hacer tales actos, se enriquecen en poco tiempo, y cuando estan para salir de esta vida, hallan una protectora que se encarga de presentarlos á su divino hijo y los hace experimentar la verdad de este dicho de la Escritura: Yo amo á los que me aman, y procuro la vida eterna á los que me glorifican. Si solo el pronunciar el nombre de María tiene la virtud de ahuyentar á los espíritus malignos, ¿qué será de su amor actual?

En el discurso de esta obra hemos visto que la Virgen es la depositaria de las gracias de su hijo y despues de él el manantial de las luces, el horno de los celestiales incendios, la forma de las virtudes. Ahora digo con nuestro santo padre que derrama sus dones con exceso sobre aquellos que estan siempre ocupados en glorificarla por un amor no interrumpido, y que siendo esos hábitos sobrenaturales el principio de los méritos y buenas obras encuentran en el cielo una bienaventuranza proporcionada á la muchedumbre de

sus santas obras. Habiendo ardidido siempre en la tierra esos amantes sagrados en el fuego de la caridad divina, que manda y produce los actos de amor á María santísima, son ensalzados en la ciudad eterna entre los serafines y experimentan mas que los otros las caricias de su señora, la cual los embriaga con inocentes deleites, de que es fiel dispensadora. Pero porque parece difícil que una persona haga continuamente actos de amor á la madre de Dios, el autor de este ejercicio exhorta á los fieles á que se unan á lo menos veinte y cuatro; que repartan entre sí las veinte y cuatro horas del dia; y que cada uno emplee una hora entera en hacer actos de caridad. Entonces se dirá con verdad que cada uno de sus amigos espirituales ama sin interrupcion á la Virgen ó por sí, ó por sus asociados. Hallarán muchos motivos y aun actos formados en el libro del P. Teissier con meditaciones y prácticas para todas las semanas del año sobre los misterios y grandezas de nuestra señora. He creido que debia de poner aquí el acto que propone á los asociados para comenzar la hora de ejercicio:

«Divina María, madre de mi Dios, virgen toda hermosa, toda buena, toda amable, yo te amo despues de Dios con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Oh divina amante de mi corazon, ¿no te amaré yo jamás con un amor no interrumpido á manera de los santos? ¡Ah! lo quiero y entro gustosamente en una santa comunicacion y union con todos tus amantes, que cooperan al ejercicio del amor actual. Acepto la hora y el tiempo que se me ha señalado, y te consagro todos los instantes, deseando amarte tan ardientemente como el primer serafin y el mas encumbrado de todos los bienaventurados. Oh Virgen santísima, ¿cuándo tendré la dicha de amarte yo solo y sin interrupcion? ¡Ah! ¿que no esté ya en el cielo, donde te amaré de esa suerte! Oh venturosos ciudadanos del paraíso, permitid que me una á vosotros y que ame con vosotros á la madre de mi Dios con una caridad inalterable (*Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur*).»